



# EL CATÓLICO

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

Qui autem perseveraverit usque in finem hic  
salvus erit. Math. (XXIV, 13.)

Mas el que perseverare hasta el fin, éste será  
salvo (Math. XXIV, 13.)

## DE LA DOCTRINA QUE SE APRENDE AL PIÉ DE LA CRUZ

Estaba (dice el Evangelista) junto á la cruz la Madre de Jesús y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena (1). ¡Quién me diese ahora que en compañía de estas bienaventuradas tres Marías estuviese yo siempre al pié de la Cruz! Oh bienaventuradas Marías, ¿quién os ha hecho estar tan fijas al pié de la Cruz? ¿Qué cadena es esa que así os tiene atadas á este árbol sagrado? ¡Oh Cristo muerto que mortificas los vivos y das vida á los muertos! ¡Oh vosotros, Angeles del Paraíso! no os indignéis contra mí (aunque pecador y malo) si me atreviere á llegar á esta santa compañía; porque el amor me trae, y el amor me fuerza á abrazarme con esta Cruz. Si estas tres Marías no

(1) Joan. XXIX.

quieren apartarse de la Cruz, ¿dónde me apartaré yo, pues en ella está toda mi salud? Primero se helará el fuego, y el agua naturalmente se calentará, que mi corazón se aparte de esta Cruz mientras yo sintiere lo que el amor me ha enseñado, cuán grande bien sea estar siempre al pié de la Cruz. ¡Oh Cruz, tú atraes á tí más fuertemente los corazones que la piedra iman el hierro: tú alumbras más claramente los entendimientos que el sol los ojos: tú abrasas más encendidamente las ánimas, que el fuego los carbones! Atráeme, pues, á tí, oh santa Cruz, fuertemente: alúmbrame continuamente: inflámame poderosamente, para que mi pensamiento nunca se aparte de tí. Y tú, oh buen Jesús, alumbrá los ojos de mi ánima, para que te sepa yo mirar en esa Cruz; porque no sólo contemple los crueles dolores que por mí padeciste, para compadecerme de ellos, sino también los ejemplos de

tan maravillosas virtudes como ahí me descubriste para mirarlos.

¡Pues, oh Maestro del mundo! ¡oh Médico de las ánimas! Aquí me llego al pié de la Cruz á presentarte mis llagas: cúrame, Dios mio, y enséñame lo que debo hacer. Conózcome, Señor, por muy sensual y amigo de mí mismo, y veo que esto impide mucho mi aprovechamiento. Muchas veces por tomar mis recreaciones y pasatiempos, ó por temor del trabajo del ayunar, ó madrugar, pierdo los piadosos y devotos ejercicios, los cuales perdidos, soy perdido. Esta sensualidad mia me es importuna; querría comer y beber delicadamente á sus horas y tiempos: querría despues de las comidas y cenas tener sus pláticas y recreaciones; huélgase aquella hora de pasear por los vergeles, y tomar allí su refrigerio: enséñame tú, Salvador mio, lo que debo yo hacer por tu ejemplo. ¡Oh cuánta confusión es para mí ver cómo trataste tú ese más delicado de todos los cuerpos! En medio de las agonías y dolores de muerte, no le distes otra comida ni otro letuario, sino aquel que hicieron aquellos crueles boticarios de hiel y vinagre confeccionado. ¿Quién tendrá, pues, de aquí adelante lengua para quejarse que le den la comida fria, ó salada, ó mal aderezada, ó que se la den tarde ó temprano, viendo la mesa que pusieron á tí, Dios mio, en tiempo de tanta necesidad? En lugar de los donaires y pláticas que yo busco en mis cenas y convites, los donaires que tú tenias eran las voces de los que meneando sus cabezas te escarnecian y blasfemaban diciendo (1): Há, que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelvés á reedificar. Esta era

(1) Mat.. XXI; Marc. XV.

la música de tu comida. Y el pasear del vergel era estar clavado de piés y manos en la Cruz; aunque otro vergel hubo donde fuiste acabada la Cena, más no á pasear, sino á orar: no á tomar aire, sino á derramar sangre: no á recrearte, sino á entristecerte y estar puesto en agonía de muerte. ¿Pues qué diré de los otros refrigerios de tu carne bendita? La mia quiere la cama blanda, la vestidura preciosa, y la casa grande y espaciosa: dime tú, oh amor santo, ¿cuál es tu cama, cuál es tu casa, y cuál tu vestidura? Tu vestidura es la desnudez y una púrpura de escarnio. Tu casa es estar en público al sol y aire: y si otra busco, es un establo de bestias. Las raposas tienen cuevas, y los pájaros del aire nidos; y tú, Criador de todas las cosas, no tienes sobre qué reclinar la cabeza. ¡Oh curiosidades y demasías, cómo sois vosotras acogidas en tierra de cristianos! Oh bien seamos cristianos, ó bien desechemos de nosotros todos estos regalos y demasías, pues nuestro Señor y Maestro, no solo desechó de sí todo lo demasiado, sino tambien lo necesario.

La cama, Señor mio, me queda por ver que tal es (1). Dime, oh dulcísimo Señor, ¿dónde yaces? ¿Dónde duermes al medio dia? Aquí me pongo á tus piés, enséñame lo que debo hacer, porque esta seneualidad mia no quiere bien entender el lenguaje de tu Cruz. Yo deseo la cama blanda, y si despierto á la hora de rezar, déjome vencer de la pereza y guardo el sueño de la mañana por dar á mi cabeza reposo. Dime tú, Señor, ¿qué reposo tuviste en esa cama de la Cruz? Cuando estabas ya cansado de estar acostado sobre un lado, ¿cómo te volvias del

(1) Cant. XI.

otro para mejor descansar? ¡Aquí no revienta el corazón! ¡Aquí no muere toda sensualidad! ¡Oh consuelo de pobres, oh confusión de ricos, oh esfuerzo de penitentes, oh condenación de regalados y sensuales! Ni la cama de Cristo es para vosotros, ni su gloria. Dame, Señor, gracia para que á ejemplo tuyo mortifique yo esta mi sensualidad; y si no me la das, suplicote se acabe en esta hora mi vida, porque no se sufre que estando tú en esa Cruz recreado con hiel y vinagre, busque yo sabores y regalos; y estando tú tan pobre y desnudo, ande yo perdido tras de los bienes del mundo; y teniendo tú por cama un madero, busque yo la cama blanda y el regalo del cuerpo.

Avergüenzate, pues, oh ánima mia, mirando al Señor en esa Cruz, y haz cuenta que desde ella te predica y te castiga, diciendo: Oh hombre, ¿yo por tí recibí una corona de espinas, y tú traes en desprecio mio una guirnalda de flores? ¿Yo por tí extendí mis manos en la Cruz, y tú las extiendes en los placeres y bailes? ¿Yo no tuve muriendo una sed de agua, y tú buscas preciosos vinos y manjares? ¿Yo estuve en la Cruz, y en toda la vida que viví lleno de deshonras y dolores, y tú andas toda la tuya perdido tras de las honras y deleites? ¿Yo me dejé abrir el costado para darte mi corazón, y tú tienes el tuyo abierto para vanos y peligrosos amores?

*Fray Luis de Granada.*

---

## QUARE FREMUERUNT GENTES

---

PSALMO II

¿Por qué braman las gentes?  
Los pueblos vanidades han pensado,

Los reyes excelentes  
Y príncipes del mundo se han juntado  
Con coraje, negando  
Al Señor, y á su Cristo amenazando.

Y dicen: nuestros cuellos  
Saquemos «de su yugo y ataduras»  
Mas riéndose dellos  
Estará aquel que habita en las alturas,  
Agora, calla y mira  
Y á su tiempo hablará con furia é ira.

Mas yo en Cristo ungido  
Soy, por mano de Dios, en rey alzado,  
Sobre el monte subido  
De Sion, su ley al mundo he predicado,  
Por esto en este día  
Me dijo estas palabras de alegría:

»Tú eres mi hijo amado  
Que yo engendré, mi ser comunicándote,  
Hoy te he regenerado  
Después de muerte á vida revocándote;  
Pídeme en algo herencia,  
Que, ¿qué te negará quien dió tu esencia?

«Pides, oh Hijo mio,  
¿Las gentes que se armaron contra tí?  
Yo te doy señorío  
Sobre ellos, que te sirvan como á mí;  
Y a questo empeño y mando  
De hoy más se vaya al mundo publicando.

»Y pues con Cruz durísima  
Tu cuerpo lastimaron, afligiéndolo,  
Yo con liberalísima  
Voluntad te las doy, tú mereciéndolo,  
Que en premio digno y justo  
Los rijas y castigues á tu gusto.

¡Oh! ¡Pues, reyes tiranos,  
Los que juzgais al mundo injustamente,  
De cuya lengua y manos  
Escapa condenado el inocente!  
Sufrid que el documento  
Divino en vuestras almas haga asiento.

Sufrid mi osadía  
Al Señor, mi jactancia presuntuosa:  
Con humilde alegría  
Con alegre conciencia, más medrosa,  
Aprended la doctrina  
Que á virtud y justicia siempre inclina.

Guardad que no se encienda  
Por vuestra culpa el celo soberano,  
Porque quien os defienda  
No habrá de su abrasante y fuerte mano,  
Y teneis tal ceguera,  
Que no hallareis la senda verdadera.

Y cuando se encendiera  
El fuego de su saña en un momento.  
¡Dichoso el que tuviera  
No en el mundano y flaco pensamiento  
Puesta, mas en el cielo,  
Su esperanza, su gozo y su consuelo.

FRAY LUIS DE LEON.

---

## EL DIA DE VIERNES SANTO EN JERUSALEM

---

Corría el año 1832. Asistí al oficio de la mañana, que celebraron los Rdos. Padres Franciscanos con las más patéticas ceremonias. Á medio dia, toda la Comunidad, precedida por el Padre guardian, comió de rodillas, consistiendo la comida en pan y agua y algunas hojas de ensalada.

Á las tres y media, los Padres empezaron, como en los dos dias anteriores, el oficio de las *Tinieblas*. Era la última vez que debia oír en Jerusalem la voz del profeta de Amatoth, y esta idea hizo que me impresionara más que nunca la fuerza y ternura de sus lamentaciones. Sabemos todos cuán grande es la impresion que nos causan las palabras y las lágrimas de las personas queridas al despedirnos de ellas, sobre todo si tenemos la

íntima convicción de que nunca más volveremos á verlas: entonces el corazon se nos oprime de un modo extraordinario, los suspiros se suceden sin interrupcion y el llanto oscurece nuestros ojos: el dolor que entonces sentimos difiere poco del que nos causaría la muerte de aquellas mismss personas. Tales, pues, y aún más crueles, si cabe, eran mis angustias al oír las siguientes palabras de Jeremías, que tanto se avenian con el doloroso misterio del Viernes Santo, y con los pensamientos que preocupaban mi espíritu:

«Faltó el gozo de nuestro corazon: convirtióse en luto nuestra danza.

»Cayó la corona de nuestra cabeza ¡ay de nosotros! porque pecamos.

»Por esto nuestro corazon ha quedado triste, y nuestros ojos se han cubierto de tinieblas.

»Á causa de la desolacion del monte Sion, raposas anduvieron en él.

»Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu solio por generacion y generacion.

»¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿nos desampararás por largura de dias?

»Conviértenos, Señor, á tí, y nos convertiremos; renueva nuestros dias como al principio, etc.»

Para grabar más profundamente en la memoria la pasion y muerte del Salvador, y avivar los sentimientos de compuncion, gratitud y amor que deben excitar en el corazon de los verdaderos cristianos, los Padres practican todos los años el dia de Viernes Santo una ceremonia muy conforme con el carácter de los orientales, y que no tiene ejemplo sino en las misiones de Asia que probablemente la tomaron de la Palestina.

Por medio de una figura de bulto de tamaño natural, y que por la flexibilidad de sus miembros se presta á cualquier movimiento, representan la crucifixion, el descendimiento de la Cruz y el entierro de Jesucristo, haciendo de este modo más sensibles y patentes las principales circunstancias de aquellos misterios. Efectuóse esta ceremonia, tierna é imponente á la vez, á la caída de la tarde en presencia de una inmensa multitud de hombres, mugeres y niños, atraídos los unos por una sincera piedad, y los otros por una curiosidad enteramente profana. Los Padres de la Tierra Santa, reunidos de antemano en la capilla de Nuestra Señora, salieron á eso de las seis, precediéndoles uno de ellos que, acompañado de los jóvenes árabes del convento, llevaba un gran Crucifijo. Seguían despues los religiosos y los fieles, todos con velas encendidas, caminando lentamente en dos hileras y cantando con voz aguda y lastimera unas veces el *Stabat* y otras el *Miserere*.

La procesion se detuvo primeramente en el altar de la *Division de las vestiduras*, y luego en el del *Improperio*, para oír algunas palabras sencillas, pero llenas de unción, que les dirigió un Padre español acerca de las dolorosas escenas de la Pasion que recuerdan aquellos dos lugares. En seguida prosiguió su camino sin interrupcion hasta la cumbre del Gólgota. Así que llegó, el religioso que llevaba el Crucifijo lo depositó respetuosamente al pié del altar, y el Padre español, tomando otra vez la palabra, continuó en presencia de la multitud, enternecida hasta el punto de derramar abundantes lágrimas, la tristísima relacion de los padecimientos é ignominias

del Salvador, hasta que fué clavado en la Cruz.

Calló entonces el Padre, y habiéndose clavado la imágen de Jesús en un madero, fué levantada en alto y colocada en el mismo sitio donde lo estuvo la verdadera Cruz en que se consumó la Redencion del género humano. Luego el Padre, con voz interrumpida y casi ahogada por los sollozos, refirió las últimas palabras y los postreros instantes de la augusta Víctima, al inmolarse en aquel mismo lugar para expiar nuestros pecados y reconciliarnos con su PADRE. Empero cada vez se hacia más difícil oírle, porque el pueblo sumamente conmovido con las precedentes escenas, ya no se daba cuenta de lo que presenciaba, y por otra parte las palabras del orador sofocadas por los suspiros, los gemidos y las lágrimas, apénas llegaban á sus oídos.

Siguióse un cuarto de hora de silencio para dar algun desahogo al general dolor, transcurrido el cual, uno de los Padres, provisto de un martillo y de unas tenazas, subió á lo alto de la cruz, quitó de la cabeza de la imágen la corona de espinas, y mientras que otros religiosos sostenian el cuerpo con una tohalla pasada por debajo de los brazos, arrancó los clavos de las manos y de los piés, é inmediatamente se descendió la efigie del Redentor de la misma manera, poco más ó menos, que fué descendido el mismo Jesucristo. El celebrante, y sucesivamente todos los demás religiosos, se adelantaron en silencio, arrodilláronse y besaron respetuosamente la corona y los clavos, que en seguida fueron expuestos á la veneracion del pueblo.

Poco despues volvió á salir la procesion por el mismo órden que habia subi-

do al Calvario. Un religioso llevaba la corona y los clavos en un azafate de plata, y otros cuatro llevaban la efigie como cuando se va á enterrar un difunto. Al llegar á la piedra de la *Úncion* detuvieronse todos para imitar en aquel lugar la piadosa accion de José de Arimathea, de Nicodemo y las santas mugeres, á cuyo fin habíase dispuesto de antemano todo lo necesario. Cubria la piedra un blanco y finísimo lienzo, y en los cuatro ángulos estaban los vasos que contenian los perfumes. Colocóse el cuerpo envuelto en un sudario sobre la piedra, con la cabeza reclinada sobre una almohada. El celebrante la roció con esencias, quemó algunos aromas, y despues de haber orado algunos instantes en silencio, explicó en breves palabras el motivo de aquella estacion. Luego emprendióse de nuëvo el camino hácia la iglesia, se colocó la imágen sobre el santo sepulcro, y en otro discurso dióse fin á la ceremonia (1).

## LA SOLEDAD

Acabado todo el oficio de la sepultura, la Vírgen Nuestra Señora, llena de nuevo dolor, por verse del todo sola y privada, no sólo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mugeres; y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Vírgen la Cruz de su Hijo, la adoró, siendo ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoracion. ¡Oh! ¡Qué palabras tan tiernas y devotas la diría, regalándose con

(1) «Peregrinacion á Jerusalem», por el P. de Geramb, t. II.

ella! Hincaria en tierra sus rodillas, y levantadas las manos en alto, comenzaría á decir: «Dios te salve, oh Cruz preciosa, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los mios; mayor ventura fué la tuya en esto que la mia, pues en mis brazos comenzó la redencion del mundo, y en los tuyos la acabó y la perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en tí se trocó la maldicion de la culpa en la bendicion de la gracia, por el que murió en tí para dar vida al mundo. Dios te salve, oh árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna; yo te adoro como á imágen del que es imágen invisible de Dios, y tendió sus brazos y sus piés en tí, para renovar la imágen que Adan borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraría la Vírgen la Santa Cruz, y los demás que iban con ella á su imitacion harian lo mismo.»

Por el camino iria esta señora con gran cuidado por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creia que era sangre de Dios unida con su divinidad, y se lastimaría grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos que, como dice San Pablo (1), huellan al Hijo de Dios y contaminan la sangre de su Nuevo Testamento. En llegando á la posada, con grande humildad, agradeció á los dos varones, José y Nicodemo, el oficio de caridad que habian hecho con su Hijo, y se despidió de ellos; y quizá les diría lo que David (2) á los moradores de Galaad, cuando enterraron á Saul, á quien habian muerto los filisteos: «Benditos seais de Dios, que

(1) Hebr., 10, 20.

(2) 3. Reg. 2, 5.

hicisteis tal misericordia con vuestro Señor Saul, y le disteis sepultura. Dios os lo premiará usando con vosotros de misericordia, y yo tambien de mi parte os seré agradecida por el bien que le habeis hecho.»

Entrándose la Virgen en su posada, y recogida en algun retrete, comenzó á llorar su soledad y desamparo. Tenia su alma dividida en muchas partes á donde estaba el tesoro de su corazon. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que habia padecido en su pasion. Otra parte tenia en el limbo, con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haría con los padres que allí estaban; pero mucho más por entonces se le iba el corazon á los dolores, revolviéndolos por su memoria y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre Eterno aplicase su fruto á muchos, para gloria del que los padeció.

Otro rato de la noche gastó en platicar, con la compañía que allí tenia, de los trabajos de Cristo, especialmente el evangelista San Juan la contó las cosas que habia hecho su Maestro en el cenáculo, cómo habia cenado con ellos el cordero, y lavádoles los piés, é instituido el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y hécholes un divino sermon, y avisándoles de lo que les habia de suceder, y cómo se habian ido al huerto de Getsemaní, y las palabras de tristeza que les habia dicho, y cómo se retiró á oracion por tres veces. Y finalmente, cómo vino Judas con un ejército de soldados á prenderle, los milagros que allí hizo, y cómo todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oia la Virgen con gran devocion y espíritu, y conser-

vaba todas estas cosas, confiriéndolas dentro de su corazon; pero cuando volvió á contemplar las penas que ella habia visto, toda se resolvía en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche. ¡Oh, Virgen Soberana! querría yo llorar con Vos como el Profeta Jeremías (1), y deciros: ¿Cómo estais sentada en soledad, la que solías ser como ciudad llena de mucho pueblo? ¿Qué haceis como viuda desamparada, la que por derecho sois señora de las gentes? Llorando llorais de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas.

No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, oh Princesa Soberana; cesen vuestros gemidos y suspiros; pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo que sembrasteis en el sepulcro, dentro de tres dias saldrá vivo con su fruto muy copioso, para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

Luego ponderaré cómo en este tiempo aquel buen Pastor, que habia dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad á las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra, como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia, desde el limbo las inspiró á que se recogiesen á donde estaba su Madre, para que ella en su lugar las consolase y esforzase. El primero que vino fué Pedro, todo lloroso y lastimado, por las tres veces que habia negado á su Maestro, y postrándose delante de la Virgen y de su condiscípulo Juan, renovarí sus amar-

(1) Thren.. 1. 1.

gas lágrimas por muchos títulos: por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro, y por el desconsuelo de la Madre y de los demás que allí lloraban. Pero la Virgen le consoló blandamente, como quien sabia bien la condicion de Dios, que es consolar á los que lloran. Luego fueron viniendo los demás apóstoles, y á todos recibió la Virgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo sus alas á sus polluelos cuando vienen huyendo del milano. Exhortólos á que tuviesen fé y esperanza de la resurreccion de su Hijo, pues como se cumplió lo que les dijo de su crucifixion y muerte, así se cumpliria lo que juntamente les dijo de su resurreccion. ¡Oh Virgen Soberana, cuán bien comenzais á ejercitar el oficio de Madre, que vuestro Hijo os encargó en la Cruz! Recogedme tambien debajo de vuestras alas, para que los milanos del infierno no se atrevan á hacerme daño.

Tambien puedo ponderar el sentimiento que tendria la Virgen y los Apóstoles cuando echaron ménos en su número de doce á Judas, y la desventura de este miserable, el cual, si con arrepentimiento viniera á Nuestra Señora, como vino San Pedro, sin duda le admitiera y consolara; pero ya su culpa le habia puesto donde no es, ni será jamás, capaz de consuelo.

V. P. LUIS DE LA PUENTE.

---

## ARMONIAS RELIGIOSAS

---

XIV

ROMANCE

La tarde se escurecia  
Entre la una y las dos,  
Que viendo que el sol se muere  
Se vistió de luto el sol.

Tinieblas cubren los aires,  
Las piedras de dos en dos  
Se rompen unas con otras,  
Y el pecho del hombre no:

Los ángeles de paz lloran  
Con tan amargo dolor,  
Que los cielos y la tierra  
Conocen que muere Dios.

Cuando está Cristo en la cruz  
Diciendo al padre, «Señor,  
¿Por qué me has desamparado?»  
¡Ay, Dios, qué tierna razon!

¿Qué sentiria su madre,  
Cuando tal palabra oyó,  
Viendo que su hijo dice,  
Que Dios le desamparó?

No lloreis, Virgen piadosa,  
Que aunque se va vuestro amor,  
Antes que pasen tres dias  
Volverá á verse con vos.

Pero ¿cómo las entrañas,  
Que nueve meses vivió,  
Verán que corta la muerte  
Fruto de tal bendicion?

¡Ay, hijo! la Virgen dice:  
¿Qué madre vió como yo  
Tantas espadas sangrientas  
Traspasar su corazon?

¿Donde está vuestra hermosura?  
¿Quién los ojos eclipsó  
Donde se miraba el cielo  
Como de su mismo autor?

Partamos, dulce Jesús,  
El cáliz de esta pasion,  
Que vos le bebeis de sangre,  
Y yo de pena y dolor.

¿De qué me sirvió guardaros  
De aquel rey que os persiguió,  
Si al fin os quitan la vida  
Vuestros enemigos hoy?

Esto diciendo la Virgen  
Cristo el espíritu dió:

Alma, si no eres de piedra,  
Llora, pues, la culpa soy.

LOPE DE VEGA.

---

---

## LA CORONA DE ESPINAS

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

---

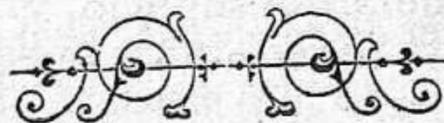
La Corona de espinas no consta por ningun autor, que hubiese sido hallada por santa Elena con la Cruz y los clavos, y este silencio general en asunto tan importante seria inexplicable si hubiese estado allí; por lo tanto, puede tenerse por cierto que entónces no se encontró. Lo probable es que los que bajaron el cuerpo del Señor de la Cruz, recogieron este objeto sagrado, que pasó de mano en mano hasta la época en que el Tesoro imperial de Constantinopla se hizo dueño de todas las reliquias. San Paulino, en el año 409, nos habla ya de la Corona de espinas como uno de los objetos preciosos que poseian los cristianos, y desde esta época todos los testimonios están acordes en que estaba entre los tesoros de los soberanos de Bizancio.

Durante el sitio de Constantinopla el emperador latino Balduino II se vió tan apurado de recursos, que dió la Corona de espinas en prenda á los venecianos, que le dieron una suma considerable. En 1239 San Luis aceptó el ofrecimiento que le hizo Balduino de esta preciosa reliquia, y entregó el dinero preciso para rescatarla de manos de los venecianos; y cuando supo la llegada de los religiosos Dominicos encargados de llevar á Francia este depósito sagrado, el santo Rey, acompañado de su córte y de un numeroso clero, se adelantó hasta cinco leguas más allá de Sens. Al ver la santa

Corona, se deshizo en lágrimas. El piadoso monarca quiso traerla él mismo, ayudado de su hermano mayor Roberto y del conde de Artois: los tres, descalzos, en medio de un inmenso gentío, fueron hasta Sens, donde depositaron en la iglesia de San Estéban su real carga. (*Rhorbacher*, t. I, p. 189.)

Con los mismos sentimientos de piedad y la misma pompa entró la Corona de espinas en París y fué puesta en la capilla Real, y para que la Corona y la verdadera Cruz tuvieran un relicario digno del Señor y de la Francia, hizo San Luis construir la santa Capilla, que se salvó milagrosamente de los incendios de la *Commune* que la rodearon, sin dañarla, como aquellas vírgenes cristianas que veian las llamas de las hogueras respetar su belleza, más resplandeciente con el martirio, y que sólo tocaban las franjas de sus vestidos.

En 1793 fué sacada la Corona de su relicario, y rota en tres partes casi iguales, que fueron, con otras reliquias de la Capilla, conducidas á la Comision de artes; despues á la Biblioteca nacional, donde estuvieron hasta el año 1804, en que, á instancias del Cardenal Billoy, Arzobispo de París, fué devuelta á la Catedral, y reunidos otra vez los pedazos por muchos eclesiástos que la habian visto muchas veces, y de que conservaban preciosos recuerdos. En Nuestra Señora de París es, pues, en donde puede vérsela y venerarla, y allí es donde los piadosos fieles gozan, acercando amorosamente los lábios al cerco de cristal que la cubre, al lado de la Cruz verdadera de nuestro divino Salvador.



## SEMANA SANTA

### JÚDAS

La conmemoración de los altos misterios que la Iglesia celebra en los presentes días, vestida de duelo, me lleva á hablar de los asuntos que se relacionan con el drama sangriento de nuestra redención, representado en el Calvario.

Entre todos los tipos que tomaron parte en el proceso de Jesús, de que resultó su sacratísima pasión y muerte, ninguno tan odioso, tan repulsivo, como el del mal apóstol, que vendió por treinta dineros al Hijo del hombre.

Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos, los escribas, todos los judíos carnales, habíanse declarado enemigos francos de Jesús, considerándole reo del concilio, reo de la ley, y obtemperando, por tanto, á su ruina y á su muerte.

Todos, absolutamente todos los perseguidores de Jesús, podrían, llamados á juicio, aducir alguna disculpa de su horrendo delito: sólo el falso apóstol, el nuevo Cain, no encontraría una para cohonestar su espantoso crimen.

Heródes escarneció á Jesús, porque, siendo él idumeo, aborrecía á los judíos y veía un rival en aquel que se llamaba Rey.

Anas y Caifas le ultrajaron, porque no creían en su santa doctrina, considerándola contraria á la de las Escrituras.

Pilatos consintió en su crucifixión y muerte, después de haber ensayado algunos recursos sangrientos para salvarle, porque era romano y empleado del César, y temía que le denunciasen los judíos como cómplice del Hombre, en quien suponían deseos de rebelarse contra el César y usurpar su soberanía.

¿Qué más?—Hasta el mal ladrón, cobarde é impenitente, hallaría relativa disculpa para los agravios que infirió al Divino Redentor en la Cruz, teniéndose en cuenta que le pedía le librase del infame y doloroso suplicio, y el Salvador dulcísimo no atendió á su ruego ni á sus

amenazas, porque procedían de un ciego, de un desesperado, en quien no penetró la luz del arrepentimiento.

Sólo Júdeas, falso discípulo, amigo alevo, que se arrastraba entre la comitiva de Jesús como astuta sierpe henchida con los venenos de la codicia y de la traición, meditando en la sombra y en el silencio los procedimientos de que había de valerse para perder á Jesús y entregarle á sus enemigos; sólo aquel tipo malvado y execrable que, después de compartir con el Divino Maestro el pan y la sal, le vendió por un precio ínfimo, ahorcándose después de un lazo, para demostrar que su cuerpo era un vaso hediondo, en que no cabía el agua purísima del arrepentimiento que lava todas las manchas, es el único para cuya falta en balde se buscan exculpaciones que mitiguen su horrenda crudeza.

Júdeas es el tipo más abominable del drama del Calvario.

Nada más elocuente que la pintura sencilla que se hace en el Evangelio de San Mateo, de la traición de Júdeas.

Describe el santo evangelista la cena legal ó Pascual, y dice:

«Y llegada la tarde se puso á la mesa (Jesús) con sus doce discípulos.

»Y cuando comían, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.

»Y, entristeciéndose mucho, empezó cada uno á decir: ¿Soy yo acaso, Señor?

»Y Él respondió diciendo: El que me te conmigo la mano en el plato, ese me entregará.

»A la verdad, el Hijo del hombre va, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado! Más le valdría á aquel hombre no haber nacido.

»Y Júdeas (aquel que le entregó) preguntó diciendo: ¿soy yo acaso, Maestro? Y Él le dijo: tú lo has dicho.»

Frase que, según Daniel, era corriente entre los judíos para significar que así era cierto.

El propio Evangelista refiere la traición de Júdas consumada en el huerto de Gethsemaní, en la forma siguiente:

«Aún estaba hablando (Jesús á sus discípulos) cuando Júdas, uno de los doce, llegó, y con él mucha tropa de gente con espadas y palos, enviada por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo.

»Y el traidor les dió esta señal: Aquel á quien yo besare, ese es, aseguradle:

»Y luego, llegándose á Jesús le dijo: Dios te guarde, Maestro, y le besó.

»Y Jesús le dijo: Amigo: ¿á qué has venido? Entonces se llegaron los de la tropa y echaron mano de Jesús y le preudieron.»

¡Horrible traición, perpetrada con un beso!

No se puede concebir maldad más negra.

Después, el santo Evangelista refiere el fin de Júdas en estos términos:

«Llegada la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, tuvieron consejo eontra Jesús para hacerle morir.

»Y atándole, lo llevaron y entregaron á Poncio Pilato, presidente. Viendo entonces Júdas, el que le había entregado, que le habían condenado á muerte, movido de arrepentimiento (San Agustín dice que el arrepentimiento de Júdas no era el de la verdadera penitencia, sino el de la desesperación) volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Pequé entregando la sangre inocente. Y ellos dijeron: ¿Qué nos importa? Hubieras visto lo que hacías.

»Y él, tirando las monedas en el templo se retiró y fué á colgarse de un lazo.»

Tal fué el hombre que, desde que se realizó su negra traición, sirve de arquetipo en la tierra á su infame posteridad.

Por ser en él todo falso, lo fué hasta el arrepentimiento de su pecado. Por hacer el mal, se lo hizo á sí mismo, descolgándose por la cuerda con que puso fin á su vida.

¿Quién lo había de decir?

Ese tipo, en que se resume toda la miseria, toda la abyección, toda la ignominia que puede deprimir la flaqueza de la condición humana, ha tenido larga descendencia en el mundo, como la tienen otras especies buenas y malas.

Regístrese la historia de todos los pueblos y se verá que siempre se destaca en ella la figura de Júdas, que vende la sangre inocente y decide de sus destinos.

Sino que á medida que el mundo ha avanzado en los caminos de esas dos cosas tan vilipendiadas que se llaman *progreso* y *civilización*, la raza de Júdas ha dado un salto hácia atrás, para ser todavía más abyecta y degradada, si esto es posible, que su malvado progenitor.

Así se ve que los Júdas modernos, falsos apóstoles de la Iglesia fundada por Jesucristo, todavía venden la sangre inocente y entregan al Hijo del hombre por medio de besos horribles, distinguiéndose de su primer antepasado en una sola cosa: en que ponen á sus traiciones precios más caros que el que le puso aquél.

Hoy no se vende á Cristo por treinta dineros: ese anacronismo no puede privar en una sociedad completamente consagrada á sacar las entrañas á todos los negocios, siquiera se trate de infames deicidios.

De donde se infiere que el mismo Júdas fué un traidor microscópico ó poco ménos, comparado con sus gigantescos sucesores.

Ni hay que esperar que éstos imiten tampoco á su proto-pariente en aquel acceso de falsa desesperación, que le inspiró la horrible idea de colgarse de un lazo para bajar al infierno.

Los Júdas modernos ni se arrepienten ni se ahorcan.

Su malvado progenitor pudo, como Cain, sentir algún horror de su pecado, alguna vergüenza, alguna confusión, que le obligó á huir de las gentes y á tirar el dinero de la traición.

Ellos no sienten horror ni vergüenza de sus culpas, ni huyen del mundo á esconderse donde nadie los vea, ni mucho ménos sueltan el premio de sus vilezas.

Al infierno van como Júdas; pero más aprisa, porque hacen su viaje en berlinas, arrastradas por cuatro caballos.

—  
¡Cuál otro sería el mundo si en él no hubiera Júdas!

Si la causa del bien y de la verdad no fuera vendida á cada paso por los descendientes del falso apóstol, no triunfaría la del mal con tan pocos esfuerzos y sacrificios.

Réstese del mundo el tipo de Júdas y se verá que no es mansion tan holgada para hospedar al crimen.

Los judaizantes, cortados por el patron del fundador de la extensa familia de los traidores y de los vendidos, son los que pierden al mundo y le tienen en un estado de ignicion permanente como si fuera un espantoso volcan.

Las erupciones que salen de esa terrible voragina, abrasan el aire que respiramos, porque están saturadas del aliento de Júdas.

Los falsos besos dados á la Esposa divina del Cordero, son los que la entregan atada de piés y de manos á sus enemigos, para que la lleven de nuevo al Pretorio y salga de él á ser crucificada.

El beso de Júdas, esa es hoy tambien la señal de la traicion.

Traicion que no inspira ni vergüenza, ni arrepentimiento, ni horror al precio recibido que se guarda y se conserva y se convierte en fuente de vidas envenenadas.

¡Así está el mundo!

Con Jesús siempre vendido entregado á los verdugos que le acechan para llevarle al suplicio, renovando constantemente los dolores acerbos de su sagrada pasion y muerte.

¡Oh, Señor, Señor, no nos desampares!

La Cruz no es baldon infamante desde que la llevaron hombros divinos; pero ya que el sagrado madero no nos agobia con pesadumbre deshonorosa, séanos permitido impetrar que se nos alivie del peso del cuerpo, todavía vivo de Júdas, que llevamos sobre nosotros.

Los triunfos pasajeros del infierno serán ménos amargos, si detrás de ellos no se descubre el beso de Júdas; escapado de su maldita boca, prestando animacion á su aterrado rostro de demonio.

Despéjese á Satanás de ese innoble ayudante, y será ménos amarga nuestra peregrinacion por el desierto árido que conduce á la tierra prometida.

Viva y reine Jesús en la tierra, como en el cielo; pero no Júdas.

Permanezca sepultado y encadenado en lo más profundo del abismo, aquel falso apóstol que entregó á los viles sayones de la sinagoga á la Verdad infame.

¡Ay del que vende la sangre inocente!

¡Ay del que la compra!

¡Más les valdría no haber nacido.

LUPERCIO.

---

## A Júdas

Quando el horror de su traicion impía  
Del falso apóstol fascinó la mente,  
Y del árbol fatídico pendiente,  
Con rudas contorsiones se mecía;  
Complacido en su mísera agonía,  
Mirábale el demonio frente á frente,  
Hasta que ya, del término impaciente,  
De entrambos piés con ímpetu le asía.  
Mas cuando vió cesar del descompuesto  
Rostro la convulsion trémula y fiera,  
Señal segura de su fin funesto,  
Con infernal risa placentera  
Sus labios puso en el horrible gesto,  
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

## FUNCIONES RELIGIOSAS

---

### Viernes Santo

En las Parroquias, Concepcionistas y Ayuda-Parroquia de la Concepcion, Oficios propios días.

PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN: A las dos de la tarde las Siete Palabras que Jesucristo pronunció desde el Arbol de la Cruz, predicadas por don Lorenzo Pons; tocándose en los intermedios á toda orquesta la célebre partitura de Hayden. En las parroquias de Santa María, de San Francisco y Concepcionistas á las cuatro de la tarde Canto solemne de Maytines y Laudes, vulgo *Fas*; predicando en la de San Francisco, despues de la procesion del santo Entierro, el propio Rdo. señor Ecónomo. A las 7 y media de la noche, procesion del Santo Entierro, que saldrá de la Parroquia de Santa María.

### Sábado Santo

Los Oficios propios de este dia se celebrarán en Santa María á las siete, y en las otras iglesias á las siete y media.

### Domingo de Resurreccion

PARROQUIA DE SANTA MARIA: A las ocho Misa cantada, asistiendo á ella la Cofradía de Centuriones y celebrándose despues la tradicional procesion del Encuentro. A las diez Misa mayor solemne con sermon por los propios Párrocos; y á las tres y media de la tarde Vísperas con toda solemnidad.

IGLESIA DE LAS CONCEPCIONISTAS: A las diez Misa mayor con exposicion de Su Divina Magestad.

A las tres de la tarde Vísperas solemnes y á las cinco exposicion del Señor, meditacion, estacion cantada y visita á Jesús Sacramentado.

LUNES. PARROQUIA DE SANTA MARIA: A las siete procesion del Cumplimiento pascual para los enfermos é impedidos. A las diez Misa mayor y sermon que dirá el Rdo D. José Pons, Pbro.

PARROQUIA DE SAN FRANCISCO: A las nueve Misa solemne en honor de Nuestra Señora de Betlen, con sermon que dirá el Ldo. D. Francisco Cardona y Orfila.

---

Fábregues y Orfila, impresores, Angel, 10.—Mahon.

# LIBROS NUEVOS

---

## EL APOSTOLADO SEGLAR

ó

### Manual del propagandista católico en nuestros días,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista popular*. Con censura y licencia eclesiásticas.—Consta de un tomo en 8.º mayor de cerca 400 páginas de buen papel y esmerada impresión, y se vende en rústica á 6 rs. En percalina, con plancha dorada grabada exprofeso, á 10 reales.

## LA DINAMITA SOCIAL

Cuatro conferencias leídas en la Academia de la Juventud católica de Sabadell, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., consiliario de la misma. Con censura y licencia eclesiásticas.—Un opúsculo en 8.º, á 70 céntimos de real ejemplar.

Por cada diez ejemplares que se tomen de una misma obra, se dan dos gratis en rústica ó uno si son encuadernados,

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona. También se hallan de venta en casa de los señores corresponsales de la *Librería y Tipografía católica*.